

CUADERNOS
DE HORIZONTE

Imagen de la India

JULIÁN MARÍAS

PRÓLOGO DE
DANIEL MARÍAS

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 14

© del texto: herederos de Julián Marías
a través de Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.
© del prólogo: Daniel Marías

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, S. L. U., 2023
Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril, 2018
Segunda edición: septiembre, 2023

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES
C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro
Coordinación editorial: Miguel S. Salas
Diseño de cubierta:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

ISBN: 978-84-17594-59-6
THEMA: WTL, 1FKA | Depósito Legal: M-18940-2023

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima
proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley.

Imagen de la India

PRÓLOGO

La India de Julián Marías ... 9

LA PUERTA ABIERTA ... 25

LOS OJOS ... 33

PAISAJE CON FIGURAS ... 41

EL VICEPRESIDENTE
Y LOS CUERVOS ... 47

CIUDADES ... 55

CARA Y CRUZ DE DELHI ... 63

MYSORE O LA ESPERANZA ... 69

MEDITACIÓN DEL TIEMPO ... 77

LA INDIA COMO CIRCUNSTANCIA ... 85

El visitante de «La plaza de Berkeley» ... 87

Aceptación de la realidad ... 93

Felicidad y descontento ... 97

PRÓLOGO

LA INDIA DE JULIÁN MARÍAS



Desde bien pequeño fui consciente de que mi abuelo paterno, Julián Marías (1914-2005), era un abuelo un tanto singular por muchos motivos, entre otros porque no paraba de viajar, no solo por España sino también por el extranjero, de donde traía cosas que me resultaban harto llamativas, cuando no exóticas. Conforme fui creciendo y sabiendo más sobre él pude constatar que, en efecto, su faceta de viajero era notable. No se trataba de viajes de aventura y exploración, ni generalmente tampoco de ocio, sino relacionados con su quehacer intelectual. No obstante, dada su insaciable curiosidad, siempre aprovechaba el tiempo al máximo y encontraba huecos para recorrer con cierto detalle los lugares a los que viajaba, y también para entablar relación con sus habitantes —algo fundamental para él—.

11

Quizá algunos piensen que los viajes fueron un aspecto anecdótico en la longeva y fecunda vida de Julián Marías —cuyas líneas maestras quedan expuestas en sus propias memorias, *Una vida presente* (Madrid, Alianza Editorial, 1988-1989, 3 vols.), o en la obra de su discípulo Helio Carpintero, *Julián Marías. Una vida en la verdad* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008)—; pero yo, que la conozco bastante bien, considero que son de suma trascendencia. No puedo extenderme en ello ahora, pero dicho queda. Permítaseme tan solo una breve cita suya para corroborarlo: «Siento avidez por ver el mundo, por saturarme de realidad. Cada vez estoy menos dispuesto a cambiar las cosas por sus nombres. Entendámonos: los nombres son maravillosos; pero lo son como conjuros, como

fórmulas de encantamiento que sirven para evocar las realidades, para hacerlas presentarse ante nosotros. No quiero contentarme con los nombres o poco más, con las pobres y toscas nociones que se adhieren a ellos y suplantán aquello que nombran. Por eso, cada vez que pongo los ojos larga, morosamente en un trozo del mundo, como cuando logro ver, por fuera y por dentro, a una persona individual, siento un enriquecimiento, un henchimiento, una agradecida felicidad»¹.

12 Si podemos saber y leer acerca de muchos de sus viajes es fundamentalmente porque escribió sobre de ellos, lo cual se explica por una doble necesidad vital: obtener algunos ingresos, importante sin duda para quien nunca tuvo un sueldo y, no menos importante, ejercitar una sincera vocación intelectual; en este punto creo que es oportuno traer a colación las siguientes palabras de mi abuelo, que permiten entender lo que para él significaba el hecho de escribir: «[...] cuando yo tengo que contestar a la pregunta, ¿qué es usted?, pongo: *escritor*. Y en mi pasaporte o en mi documento de identidad pone: “escritor”. Es decir, que a última hora, lo que yo verdaderamente soy —y esto significa lo que quiero ser— es escritor. [...] El escritor no es el hombre que escribe, el escritor es el hombre que no es más que escribiendo. Quiero decir, es el hombre que para ser, para ser quien es, necesita escribir»².

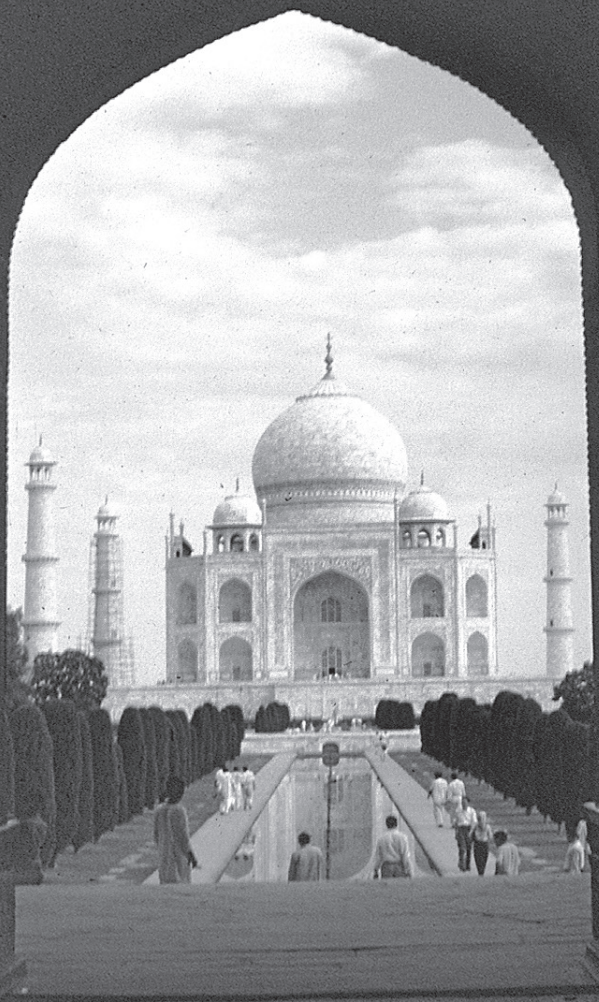
Ahora supongo que ya se entiende mejor que, puesto que Julián Marías viajó mucho, también escribiera bastante sobre sus viajes. En relación estrecha con ellos,

1 MARÍAS, JULIÁN, *Consideración de Cataluña*, Barcelona, Aymá, 1966. Cito por la edición de la Editorial Acervo, Barcelona, 1994, p. 12.

2 «Treinta años de vida intelectual en un mundo problemático», recogido en MARÍAS, JULIÁN, *Ser español. Ideas y creencias en un mundo hispánico*, Barcelona, Planeta, nueva ed. ampliada, 2000, pp. 28-29.

y por mencionar solo las publicaciones en forma de libros, aparecieron *Juventud en el mundo antiguo* (1934), *Los Estados Unidos en escorzo* (1956), *Nuestra Andalucía* (1966), *Consideración de Cataluña* (1966), *Análisis de los Estados Unidos* (1968), *Israel: una resurrección* (1968), *Sobre Hispanoamérica* (1973) y *Ciudades* (1983), además de la obra que ahora se reedita en La Línea del Horizonte, *Imagen de la India* (1961).

Los textos que componen este pequeño gran libro —si se me permite la expresión— vieron la luz originariamente en forma de artículos, algunos en inglés en América, pero sobre todo en España: once «terceras» del diario *ABC* aparecidas varios meses después de haber efectuado su viaje, en concreto entre el siete de octubre de 1959 y el 8 de enero de 1960. Un año después fueron reunidas con algunas fotografías del autor en un libro publicado por la *Revista de Occidente* que llevaba por título *Imagen de la India*, el mismo que genéricamente encabezaba la mencionada serie de artículos. En 1969 *Imagen de la India* fue reeditado por Alianza Editorial junto con otro libro de Julián Marías, *Israel: una resurrección*. Al año siguiente formó parte del tomo VIII de sus «Obras», editadas por la *Revista de Occidente*, que volvió a reeditarlo (junto a la monografía sobre Israel) en 1973 dentro de la colección «El Alción». Se trata, pues, de un libro que se encuentra en la actualidad fuera del mercado, al que tan solo es posible acceder a través de bibliotecas y librerías de viejo. Un libro que, pese a su modestia, creo que ofrece al lector mucho más de lo que cabría esperar de un viaje efectuado en poco tiempo y por motivos profesionales por un país de gigantescas proporciones (hoy día de más de tres millones de kilómetros cuadrados) además de muy diverso.



El viaje a la India de Julián Marías tuvo lugar en el verano de 1959, cuando contaba con cuarenta y cinco años; estaba casado, tenía cuatro hijos y había publicado una veintena de libros. Habían transcurrido veinte años desde el final de la Guerra Civil española, su paso por las cárceles franquistas, su firme renuncia a participar de ningún modo de la vida oficial de la Dictadura y el comienzo de su exilio del Estado, aunque no de la sociedad española. Hacía tan solo ocho años que tenía permitido escribir en la prensa, que había podido por fin doctorarse —tras haber vuelto a presentar su tesis, escandalosamente suspendida en 1942— y ser profesor universitario en los Estados Unidos. No hacía ni cuatro años de la muerte de Ortega y Gasset, que le había causado un gran dolor, y motivado a escribir una obra sobre él, en cuyo proceso de redacción se encontraba completamente inmerso (*Ortega I. Circunstancia y vocación* vería la luz en 1960).

15

La duración del viaje no llegó ni siquiera a un mes, y el motivo de su realización fue de índole profesional, intelectual: asistir a una reunión organizada por el Instituto Internacional de Filosofía que iba a celebrarse en la ciudad Mysore, en aquel entonces capital del estado indio homónimo (actualmente y desde 1973 en el estado de Karnataka, cuya capital es Bangalore). El itinerario seguido, *grosso modo*, fue el siguiente: Bombay (o Mumbai, en la costa occidental del país), Bangalore (al sur), Mysore (al suroeste), Madrás (o Chennai, en el litoral suroriental), Calcuta (en el este de la India, en el delta del Ganges), Delhi (al norte), Agra (también al norte, y famosa, por ejemplo, por el Taj Mahal), y regreso a Bombay. Ahora bien, aunque los hitos

principales fueron ciudades, también se asoma el autor en su obra al campo de la India. Una India que ya no dependía —al menos oficialmente— del dominio británico y que se había constituido como nación independiente hacía una docena de años, los mismos que llevaba existiendo el Estado de Pakistán, de mayoría musulmana y belicosa vecindad; una India que, por aquel entonces, era ya una República secular y democrática, presidida por el político hindú Jawaharlal Nehru, responsable de profundas reformas y transformaciones en el país.

A modo de síntesis y de breve presentación sobre la India, rescato algunos fragmentos de un artículo de prensa publicado por mi abuelo tras haber transcurrido un cuarto de siglo desde su estancia en ella: «La India es inmensa, casi siete veces mayor que España en extensión, con una población siempre creciente [...]. Hay una inmensa variedad de climas, paisajes, razas, religiones, lenguas —catorce principales, con sus alfabetos diferentes, más de doscientas secundarias o dialectales—; hay viejos rencores, hostilidades motivadas o irracionales, intereses encontrados, desigualdades. Hay, sobre todo, escasez, abundante miseria —pero nada me irrita más que la respuesta automática al nombre de la India: miseria; como si no hubiese otras cosas extremadamente valiosas e interesantes, como si no la hubiese fuera de la India—. Se puede dudar si existe “la” India; si es verdaderamente un país [...]. La India es una fuerte, tremenda realidad; por debajo de toda su diversidad, de los innumerables conflictos, es la Unión India [...]. La India es un inmenso territorio, con la segunda población del mundo, después de la China, y no es una tiranía, ni siquiera una dictadura, sino una democracia

—imperfecta, llena de problemas, pero real— [...]. La magnitud de la India, su vieja cultura, la primitiva elegancia de sus habitantes, aun los más pobres, su aceptación de la realidad, todo ello la convierte, a pesar de todos los pesares, en una gran potencia»³.

La mayor parte de los viajes que hizo mi abuelo a lo largo de su vida fueron dentro del continente europeo y por las Américas. Por tanto, el viaje a la India que se narra aquí tiene un cariz especial. En 1984 manifestaba lo siguiente acerca de dicho viaje: «Traje la retina llena de imágenes, dolorosas unas, deslumbrantes otras; y un vivo interés por ese país, que no he perdido. De todo ello brotó un pequeño libro, *Imagen de la India*, que cuento entre los más míos, que me ayudó a “decirme”, a ponerme en claro y, por tanto, a ser yo mismo. A pesar de tan breve tiempo en tan enorme país, anudé algunas amistades que aún duran, y se amplió más de lo que podía esperarse mi manera de entender el mundo»⁴.

Unos pocos años después mi abuelo, al escribir sus memorias, recordó de nuevo su viaje a la India, así como la honda impresión que le produjo: «La huella que esta breve estancia en la India —no llegó a un mes— dejó en mí es desproporcionada con lo que podría esperarse de su duración. Hice, por primera vez, la experiencia de un país enteramente ajeno a nuestro mundo. Me sorprendió la diferencia de supuestos, de sentido de la vida, de relación con la realidad. Me pareció descubrir que el secreto estaba en la *aceptación* de ella, a diferencia del occidental, que rara vez lo consigue, que pone por

3 MARÍAS, JULIÁN, «La Unión India», *La Vanguardia*, 4 de noviembre de 1984.

4 MARÍAS, JULIÁN, *Ibid.*

delante sus estimaciones o sus deseos, e intenta cambiarla desde luego, sin *dejarla ser* primero [...]. *Unlucky, but happy*, así resumí a un amigo mi impresión global de su país: infortunado, pero feliz. Sentí una profunda atracción, inquietante: por un momento, me alarmó una tentación, pasajera pero real, de quedarme. [...] la India, en pocas semanas, me había dejado una huella perdurable. La recorrí con los ojos abiertos, absorbiendo su realidad por todos los poros, intentando comprender, con avidez de penetrar lo más posible en aquel mundo radicalmente distinto al mío»⁵; «la India me apasionó extraordinariamente, la miré con atención y entusiasmo, pensé intensamente sobre ella; lo que nunca se me ocurrió fue “jugar al indio”, considerarme parte de una realidad que me interesaba vivamente en cuanto ajena, comprensible desde la común condición humana, pero que significa precisamente otra cosa»⁶. Un mirar que se plasma, también, en una desmedida pasión por ver películas —sobre las que publicó cientos de artículos— y por tomar fotografías, algunas de las cuales se reproducen en este libro.

No veo oportuno entrar aquí a describir y valorar el contenido del libro —que no por casualidad se ha llegado a traducir al hindi—; creo que lo más sensato es que el lector vaya sin más dilación a leerlo y disfrutarlo. No obstante, y aunque sea de Perogrullo, tal vez sea oportuno para entenderlo mejor insistir en que estamos ante *un* retrato de la India, hecho en *un* momento determinado

5 MARÍAS, JULIÁN, *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, vol. 2. Cito por MARÍAS, JULIÁN, *Una vida presente. Memorias*, Madrid, Páginas de Espuma, 2008, 2ª ed. rev., pp. 404-405.

6 MARÍAS, JULIÁN, *Ibid.*, p. 839.